

Vidas lloradas, capitalismo neoliberal y crisis de sostenibilidad de la vida

Vidas lloradas, neoliberal capitalism and life sustainability crisis

Fiorella Guaglianone

Universidad Nacional de Rosario, Argentina, fiorella.guaglianone@gmail.com

Resumen

El presente trabajo pretende esbozar algunas reflexiones en torno a las operaciones de inclusión/exclusión ligadas a los problemas de reproducción de la vida afrontadas por migrantes y mujeres mestizas, negras e indias, en el marco de los debates actuales de las teorías políticas feministas. Exploraremos algunas conceptualizaciones vinculadas a los feminicidios sexuales sistémicos y las tareas globales de cuidado deteniéndonos en su particular relación con el régimen visual neoliberal.

Palabras clave

Cuidados, neoliberalismo, femicidios, colonialidad.

Abstract

This work explores some reflections about the inclusion / exclusion operations linked to the problems of reproduction of life faced by migrant women and mestizo women, black and Indian. Then we will analyse the current debates of feminist political theories linked to systemic sexual feminicides and global care tasks, stopping in their relationship with the neoliberal visual regime.

Keywords

Globalizing care, neoliberalism, femicides, coloniality.

Recibido: 28-11-2019

Aceptado: 12-01-2020



1. Vidas lloradas, capitalismo neoliberal y sostenibilidad de la vida

–La mayoría son trabajadoras de las maquiladoras. Muchachas jóvenes y de pelo largo. Pero eso no es necesariamente la marca del asesino, en Santa Teresa casi todas las muchachas llevan el pelo largo –dijo Chucho Flores.

–¿Hay un solo asesino? –preguntó Fate.

–Eso dicen –dijo Chucho Flores sin dejar de dibujar–. Hay algunos detenidos. Hay algunos casos solucionados. Pero la leyenda quiere que el asesino sea uno solo y además inatrapable.

–¿Cuántas muertas hay?

–No lo sé –dijo Chucho Flores–, muchas.

(Bolaño, 2004)

Nos interesa señalar algunas disputas libradas al interior del movimiento feminista en torno al problema de la inclusión/exclusión, afirmando que esta distinción es analítica y que apunta a conceptualizar la esfera de la exclusión como territorio de sobreexplotación donde lo que es negado es la condición humana, la relevancia misma de la vida de personas excluidas. Diremos que los feminismos no-hegemónicos han señalado -desde las resistencias feministas negras a la esclavitud hasta las luchas feministas decoloniales- la instauración de jerarquías coloniales y patriarcales para la explotación deshumanizante y la inferiorización de las mujeres racializadas mientras que, contemporáneamente, aquellos feminismos a los que llamamos hegemónicos se han esforzado por borrar las huellas del racismo y la colonialidad para postular el tiempo de la diferencia. Feminismos multiculturales, institucionalistas, igualitaristas y blancos consideran hoy que los mercados han sabido reflejar la diferencia sexual, racial y de clase orientando la producción capitalista al consumo de todas las identidades de clase, sexuales, raciales y étnicas. Partiremos desde aquello que señalamos como operaciones de inclusión/exclusión para pensar en la amenaza cotidiana a la reproducción de la vida, afrontada por migrantes y mujeres mestizas, negras e indias.

Como han señalado los feminismos queers, negros, lesbianos, etc. la conformación de las subjetividades de las madre-esposas (Lagarde, 2001) ha tenido siempre como espejo, como exterior constitutivo, la imagen de la mala mujer -ninfómana, prostituta o demente- mercantilizadas para el consumo de los cis-varones blancos, heterosexuales y burgueses. Es, sin embargo, en el trazado de esa frontera entre las cis-mujeres esposas y madres y las no-mujeres indias, negras y mestizas que es puesta a disposición del capitalismo una fuerza de trabajo feminizada para la explotación afectiva y laboral. La creación de una clase sexual y racial disponible para el trabajo afectivo mal remunerado o esclavo ha operado, entonces, siempre en dos niveles: el ideológico -religión, roles de sexo-género, norma heterosexual- y el represivo fundamentado en el miedo -el uso de la fuerza y la violencia aplicadas ante cualquier expresión de resistencia- ambos entrelazados de manera diferencial de acuerdo con las necesidades de la (re)producción capitalista.

El círculo de la globalización del cuidado en la explotación capitalista es sostenido en sus extremos por dos cuidadoras: los puestos de trabajo de cuidado, antes ocupados por mujeres propietarias blancas, se encuentran hoy ocupados por mujeres inmigrantes que además de prestar cuidados de forma remunerada, garantizan la atención de sus propias hijas e hijos, delegando este trabajo en otra cuidadora no-remunerada en su país de origen, generalmente inmersa en relaciones informales de parentesco. Nuevamente, se revela la centralidad de las feminizadas en los procesos de extracción de plusvalía económica y emocional. La jerarquía racial, clasista y sexual se reorganiza en el neoliberalismo sobre los cimientos de la opresión colonial; designa sobre ella a las corporalidades disponibles para la valorización capitalista del trabajo mal remunerado y para la desvalorización simbólica de las subjetividades sin-estado.

Mientras el feminismo hegemónico desarrolló su artillería política desde la reivindicación de la igualdad de las mujeres -como constructo social o como realidad biológica-, los feminismos no hegemónicos deben partir de la negación, de la exclusión del universo de la masculinidad y la feminidad. En la base de la pirámide jerarquizada por sexo -en el par binario hombre-mujer-, raza blanca y clase, las feminizadas negras, indias, mestizas, latinas, trans y migradas recogen el interrogante ya lanzado a los anti-abolicionistas por Sojourner Truth: *¿acaso no soy yo una mujer?*

Estas luchas están marcadas por la otredad a la que las expulsa el régimen heterosexual. Las esferas pública y privada, categorías caras a la teoría política occidental que fueron sexuadas en las teorías feministas hegemónicas, muestran su improductividad para aproximarse a las subjetividades mestizas, indias, negras, migradas, trans, etc. Como ya señalamos anteriormente, no pesa sobre ellas la norma heterosexual que las recluye a la esclavitud del trabajo

doméstico no-remunerado sino la exclusión simbólica de la comunidad, el estigma del intercambio de trabajo afectivo por dinero y la violencia sexual espectacularizada.

Como señala Jules Falquet (2014, 2017, 2018), el capitalismo neoliberal se desarrolla en el marco de una guerra descarnada contra las feminizadas sin privilegios de raza o clase: cis-mujeres pobres, jóvenes y morenas. Esta guerra es “de baja intensidad” por una serie de características que analizaremos siguiendo el recorrido que propone la autora para luego, adentrarnos en una lectura desde la colonialidad-patriarcal.

En el capitalismo neoliberal, los femicidios sexuales sistemáticos afectan principalmente a las feminizadas que se encuentran fuera de la institución familiar-matrimonial y de la lógica de la amalgama conyugal; a las que realizan a la vez la mayor parte del trabajo necesario para la reproducción de los seres humanos –en el interior y en el exterior de la institución familiar- y una buena parte de la producción agro-industrial clásica, en el marco de un proyecto de disciplinamiento de la mano de obra feminizada. Creemos que pensar al neoliberalismo en clave decolonial y despatriarcalizante, implica poner en relieve la ancestralidad de estas violencias; realizar una lectura de larga duración de los mecanismos de disciplinamiento social de las racializadas. Como señala Oyeronke Oyewumi (2017), occidente privilegia el cuerpo como principio organizador de lo social y es a través de él que significa y castiga.

El cuerpo se convierte en un texto, un sistema de signos a descifrar, a leer e interpretar. La ley social está encarnada, corporalizada correlativamente los cuerpos son textualizados, leídos por otros como expresión de una materia psíquica interna. Un depósito de inscripciones y mensajes entre los límites externos e internos del cuerpo... produce o elabora los movimientos corporales en conducta, adquiriendo entonces significados interpersonales y sociales identificables y funciones al interior del sistema social.

(Grosz, 1994: 198)

Una relación de continuidad parece trazarse entonces entre los femicidios sistemáticos para el disciplinamiento de la fuerza de trabajo - “guerra de baja intensidad” (Falquet, 2017)- y las violencias sexuales de la colonialidad patriarcal. Esto nos obliga a realizar dos movimientos analíticos. Volver a remarcar la contingencia de la alianza capitalista-patriarcal-colonial en la actualidad neoliberal, implica sostener en la práctica que un sistema de explotación clasista y racializado puede ampliar derechos sexuales para las personas privilegiadas del régimen en paralelo al recrudescimiento de las políticas anti-migratorias o a la multiplicación de la desaparición y muerte tortuosa de las feminizadas negras, indias, mestizas y migradas.

En las violencias sexuales exhibidas en el espacio público cometidas sobre indias, negras y mestizas, los conquistadores nunca recogieron testimonios ni exigieron confesiones de culpabilidad, tampoco describieron con mayor detalle los delitos presuntamente cometidos. Distancia evidente entre la tradición inquisitorial europea y los crímenes coloniales que vuelve a introducir la jerarquía que distancia a mujeres europeas de no-mujeres conquistadas. La tortura, la muerte y el ensañamiento inquisitorial contra brujas y hechiceras necesitan de la confesión porque nada expresa de antemano la pertenencia de las acusadas al universo sobrehumano del pecado y la idolatría. En cambio, la marca racial que pesa sobre las feminizadas de la colonia las arroja por sí misma a un territorio sin ley donde cualquier hombre, en cualquier lugar, sin legitimidad estatal ni inquisitorial, puede aplicar sobre ellas una violencia sexista, racista y clasista ejemplificadora.

Son muertas, salvajemente torturadas, que no pueden ser “lloradas” (Butler, 2007) y que su aniquilamiento no se juega en la relación entre delito y estatalidad –la palabra de la acusada es un aspecto central en las ejecuciones del poder soberano (Foucault, 2002)- sino en la relación capital-vida –dónde la feminizada es reducida a fuerza de trabajo-. El poder de muerte –necropoder (Mbembe, 2011)- que pesa sobre las feminizadas para su disciplinamiento como mano de obra, en el territorio de la subalternidad, es paraestatal. No amenaza el poder del rey porque constituye una forma más difusa y fragmentada del ejercicio del poder. Recordemos que, según el análisis foucaultiano de las ejecuciones soberanas en las monarquías absolutas, el suplicio como castigo es una práctica que pone de relieve la distancia insalvable entre un súbdito que comete el delito y el soberano omnipotente que ejerce su fuerza.

En cambio, sobre la fuerza de trabajo desindividualizada se ejerce otra violencia, relacionada íntimamente con la acumulación capitalista, en la cual no se establece una relación asimétrica entre seres humanos sino una relación sujeto-objeto, hombre-bestia, fundada en el disciplinamiento a través de la brutalidad que no requiere de la autoridad *legítima* del estado para garantizar la (re)producción capitalista. Las violencias sexuadas sin-estado de la conquista hispana de América se inscriben en un continuum que desemboca en la apropiación privada de la violencia propia de las guerras de baja intensidad. Los crímenes del segundo estado (Segato, 2018) –privado, criminal, pero relacionado carnalmente con el estado de la democracia formal-, comparten una característica idiosincrática con los abusos coloniales: son crímenes sin sujeto personalizado realizados sobre una víctima despersonalizada, para reafirmar y revitalizar la capacidad de control del régimen político.

Nuevamente la jerarquía patriarcal-colonial media entre los ejecutores y sus víctimas, los “hombres en armas” pueden legítimamente movilizar sus pasiones –de muerte, sexuadas- para recibir a cambio el dinero que les permite la

subsistencia, en un sistema perverso que obliga a las feminizadas a vender su fuerza de trabajo en condiciones de explotación, ante la amenaza inminente de muerte o violación. Así, ofrecer el cuerpo –la vida- por dinero es, al interior de la cofradía de los hombres en armas, una expresión más de la masculinidad subalterna, que adquiere a través de la pertenencia a las milicias paraestatales una identidad basada en la exclusión radical de las feminizadas de ese espacio de pertenencia y afirmación de los privilegios heterosexuales.

Como señala Segato (2003, 2015), todo crimen lleva una firma, detrás de la aparente asistematicidad de los femicidios sexuales se expresa una identidad que no necesariamente corresponde con la de los ejecutores a sueldo de los crímenes sexuales. Un sujeto se alza como beneficiario de la crueldad vertida sobre los cuerpos feminizados y racializados de las periferias agroindustriales, el hombre blanco, heterosexual y burgués; sujeto arquetípico de la modernidad capitalista y del neoliberalismo colonial-patriarcal.

Introducir la dimensión mercantil, estatal y paraestatal de la violencia, implica dar otro paso en el distanciamiento de la dicotomía público-privado: las violencias domésticas y los femicidios sexuales sistémicos, han sido hegemónicamente leídos como expresión de las relaciones sexuales desiguales en el ámbito privado y de la negación de derechos ciudadanos a las feminizadas en el espacio público. Sin embargo, al establecer una vinculación entre estas prácticas y la rentabilidad capitalista, se revelan otras lógicas de extracción de plusvalor que sobrepasan los límites de la legalidad y de la igualdad entre los sexos.

La razón por la que el cuerpo ha sido tan relevante en Occidente es que el mundo se percibe ante todo por la vista. La diferenciación de los cuerpos humanos en términos de sexo, color de piel y tamaño craneal atestiguan los poderes atribuidos al “vidente”. La contemplación invita a diferenciar (...) El término “visión del mundo” que se usa en Occidente para sintetizar la lógica cultural de una sociedad, expresa adecuadamente la prerrogativa occidental de la dimensión visual.

(Oyewumi, 2017: 39)

No resulta extraño entonces que una dimensión espectacular atravesase los crímenes sexuales de la colonia y los crímenes a sueldo del capitalismo neoliberal. Prácticas de violencia extrema, tortura, muerte y degradación de los cadáveres de las mujeres indígenas que se resistieron a la violación se entrelazan en el devenir histórico con la fase *gore* del capitalismo neoliberal. Valencia Sayak (2010) señala esta dimensión pública y disciplinadora de la violencia en el capitalismo contemporáneo y la inscribe en una operación de estetización de la violencia ultra-especializada -heredada del colonialismo y del fascismo- y recombinada con técnicas de gestión de la subjetividad a través de los regímenes psico-necro-biopolíticos.

Para Sayak, la racionalidad fascista –ligada al racismo y la explotación- obtiene continuidad luego de la caída de los estados que la encarnaban, a través de regímenes visuales violentos, productores y reproductores de una *fascinante violencia* que es rentabilizada para los fines del capitalismo neoliberal. El espacio de intercambio de esta violencia visual es el *mercado gore*, donde mercancías y servicios, productos vinculados con el necropoder y las necroprácticas son comercializadas: venta de drogas ilegales y órganos humanos, alquiler de vientres, trata de feminizadas, asesinatos por encargo, esclavismo sexual o doméstico de personas, así como de imaginarios violentos en los cuáles el derramamiento de sangre es el principal protagonista.

Este *mercado gore* se asemeja a la estética fascista de la violencia que analizaba Susan Sontag:

La estética fascista incluye -pero va mucho más allá de- la celebración un tanto especial de lo primitivo (...) Más generalmente brota de (y justifica) una preocupación por las situaciones de control, comportamiento sumiso, esfuerzo extravagante y resistencia al dolor elogia dos estados aparentemente opuestos, la egomanía y la servidumbre. Las relaciones de dominación y esclavización adoptan la forma de una pompa característica: el apiñamiento de grupos de personas; la conversión de personas en cosas; la multiplicación o replicación de cosas; el agrupamiento de personas/cosas alrededor de una todopoderosa e hipnótica figura de fuerza, otorgando poder de seducción a la muerte.

(Sontag, 2007: 97)

El poder de seducción de la muerte se inscribe, sin embargo, en una articulación más compleja del necro-poder, anclada en una jerarquía marcada por la distinción entre sistemas occidentales y no-occidentales; por la colonialidad patriarcal del poder y del conocimiento. Las violencias contemporáneas –de manera similar a las violencias sexuales de la colonia- no irrumpen de manera espontánea en el espacio público, sino que se normalizan dentro de él e ingresan en el mercado del deseo.

Repasaremos brevemente, la dimensión espectacular de los crímenes sexuales del territorio latinoamericano durante la conquista hispana para reconstruir las semejanzas escenográficas con los crímenes a sueldo del capitalismo neoliberal. A través de dos relatos de cronistas hispanos -López de Gómara en 1552 y Fray Bartolomé de Las Casas, Protector Universal de todos los indios de las Indias, en 1515- sobre las violencias sexuales cometidas contra las

feminizadas indias con sistematicidad y estética criminal. La fascinación por el linchamiento a la luz del día de indias y mestizas, la degradación de sus cadáveres integra -casi cotidianamente- los relatos de los conquistadores hispanos:

Y dice este Diego de Landa que él vio un gran árbol cerca del pueblo en el cual un capitán ahorcó muchas mujeres indias en sus ramas y de los pies de ellas a los niños, sus hijos. Hicieron en los indios crueldades inauditas pues les cortaron las narices, brazos y piernas, y a las mujeres los pechos y las echaban en lagunas hondas con calabazas atadas a los pies; daban estocadas a los niños porque no andaban tanto como las madres y si los llevaban en colleras y enfermaban o no andaban tanto como los otros, cortábanles las cabezas por no pararse a soltarlos.

(López de Gómara, 2003: 215)

El acceso brutal a los cuerpos de las personas a través de una explotación inimaginable, de violaciones sexuales, del control de la reproducción y el terror sistemático -alimentando perros con personas vivas o haciendo bolsas y sombreros de las vaginas de mujeres indígenas brutalmente asesinadas- componían la escena sobre la que se desarrollaba la colonialidad patriarcal en el territorio latinoamericano (Lugones, 2010). Como señala Sayak: “mientras que la necropolítica del régimen soberano desplegaba imágenes de horror y sangre en las colonias, en la Europa racional y cartesiana ello era ocultado discretamente y se dirigían los esfuerzos y las riquezas hacia la construcción de un régimen biopolítico donde la perspectiva renacentista formaría el incipiente prototipo del humanismo”. Se trataría de un régimen con el cual se cristalizaría “la diferencia colonial”, a través de sus narraciones y representaciones visuales; por medio de la literatura, las crónicas de viaje, la pintura, el dibujo y el grabado (2016: 80).

En todas estas técnicas de producción de imaginarios, el sujeto heroico es representado por un hombre blanco, heterosexual, europeo, patriarcal y militar que instaurará su axiología en detrimento de sujetos colonizados, personas que son representadas como bestiales, salvajes, incivilizadas, herejes, infrahumanas (Sayak, 2016). Estas representaciones se actualizan en los imaginarios contemporáneos transmitidos por la mass media, el Big Data y sus interfases, los cuales actualizan y rentabilizan el trabajo de la muerte y la violencia como parte del régimen necropolítico. La representación de la violencia brutal se engarza en el neoliberalismo financiarizado con la exaltación permanente del cuerpo-consumidor sometido a la permanencia inevitable en un nivel pre-reflexivo, de auto-explotación y auto-disciplinamiento. Este nuevo régimen de rentabilización del crimen y la violencia contra las feminizadas y las racializadas, no desecha las herramientas de la necro y la biopolítica, sino que las potencia y distribuye en una cartografía que será introyectada por sus consumidores, con la contundencia de las ejecuciones públicas y las violaciones tumultuarias del régimen colonial-patriarcal. Una tecnología de seducción visual que se apropia de los afectos y apela a los códigos de emotividad e identificación que propaga los valores del capitalismo y su culto a la violencia como herramienta de control, de trabajo y de filiación social se enraíza en unas prácticas necropolíticas para el control de la fuerza de trabajo esclava o precariada que se despliegan en el territorio desde la intrusión colonial.

Las luchas feministas contrahegemónicas desarrollan su potencialidad en reivindicaciones identitarias que amenazan el entramado productivo y reproductivo al recuperar y reconocer una historia de resistencia capaz de resignificar el concepto mujer en oposición a la negación capitalista, patriarcal y colonial de la humanidad de la población racializada. Coincidiendo con la premisa de que el género es un constructo social no esencial, sino una posición en un entramado de relaciones, la apuesta política por la construcción de identidad *mujer* desde una interpretación feminista despatriarcalizante y anticapitalista debe implicar una lectura en clave decolonial y subalterna.

Recuperar la politicidad del sexo-género desde las opresiones de indias, negras, mestizas, migradas, trabajadoras y trans implica un distanciamiento de los debates sobre el multiculturalismo desplegados a nivel global; de la mención recurrente y oportunista de “clase, raza y sexo” en elaboraciones discursivas de lo políticamente correcto para señalar cómo dentro de un escenario que parecería animado por un feminismo antirracista y anticapitalista queda pendiente la reflexión sobre los cuerpos expropiados por la colonización neoliberal y patriarcal de los territorios periféricos. Un posicionamiento crítico del sistema de género del capitalismo euro centrista global implica poner en dimensión hasta qué punto conceptualizar bajo la categoría género al control del sexo, sus recursos, y productos es constitutiva de la dominación de género. Para entender esta reducción y el entramado de la racialización y el engeneramiento (Lugones, 2008) es necesaria una praxis feminista contrahegemónica que tensione las jerarquías de clase, raza y sexo.

Referencias

Bolaño, Roberto. (2004). 2666. Barcelona: Anagrama.

Falquet, Jules. (2017). *Pax neoliberalia: perspectivas feministas sobre (la reorganización de) la violencia contra las mujeres*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Madreselva.

Falquet, Jules. (2017). *Globalización neoliberal: la sombra de los complejos militar-industriales sobre las “mujeres globales”*. París: Ritmo.

- Falquet, Jules. (2015). *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas*. Buenos Aires: Brecha lésbica.
- Foucault, Michel. (1997). *Historia de la sexualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Grosfoguel, Ramón. (2012). *El concepto de racismo en Michel Foucault y Frantz Fanon: ¿teorizar desde la zona del ser o desde la zona del no-ser?* Berkeley: University of California. <https://doi.org/10.25058/20112742.112>
- Lugones, María. (2008). *Colonialidad y género: hacia un feminismo decolonial*. En libro: *Género y decolonialidad*. Mignolo, Walter. (comp.). Buenos Aires: Ediciones del signo.
- Pérez Orozco, Amaia. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Sayak, Valencia. (2010) *Capitalismo gore*. Madrid: Melusina.
- Sotag, Susan. (2007). *Bajo el signo de Saturno*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Segato, Rita. (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. DF México: Pez en el Árbol. <https://doi.org/10.1590/S0102-69922014000200003>
- Sepúlveda, Juan Gines. (1944). *Tratado de las justas causas de la guerra contra los indios*. DF México: Fondo de Cultura Económica.
- Oyewumi, Oyeronke. (2014). *La invención de la mujer*. Bogotá: En la frontera.